

que nos refiere la vision por medio de la cual le es transmitido el mandato de profetizar al pueblo de Jehova, fija como fecha de este suceso el año de la muerte de Oseas. Por razones que expondremos mas adelante tenemos por seguro que la predicacion de Isafas no cesó hasta algun tiempo despues de 701. Resulta, pues, que este profeta actuó cuando menos, durante los cuatro últimos decenios del octavo siglo y el primero del séptimo (1). Ya en el relato de su primera vision se manifiestan con toda claridad las peculiares ideas de Isafas sobre el presente y el porvenir de Israel. Este pueblo está perdido en su gran mayoría, y ha de sufrir un castigo purificador, del cual solo se salvará un escaso número que luego se reconciliará con Jehova. Isafas es enviado al pueblo para anunciarle este castigo, y está convencido de que su predicacion no producirá mas efecto que la mayor obcecacion del pueblo y hacer inevitable la catástrofe.

A causa de la resignacion que se desprende del relato de esta vision, muchos han supuesto que no debió de ser escrita por el profeta sino despues de larga práctica de su mision, y que por lo mismo se reflejaba en él la triste experiencia que habia tenido. Semejante hipótesis es poco menos que inútil. Los grandes hombres, aun aquellos que no son profetas, suelen distinguirse de sus contemporáneos precisamente en que conocen los caracteres principales de lo presente, y las consecuencias que de ellos lógicamente se deducen, cuando aun no logran vislumbrarlas los coetáneos. Isafas tenia ya cuando la guerra sirio-efraimita un hijo llamado Sche'aryaschub, de edad suficiente para que pudiera acompañarle al campo cerca de Jerusalem; ahora bien, en el nombre de este hijo - «el resto se convierte» - está expresado igual concepto de los destinos de Israel que el de que testifica la vision. Por otra parte, la experiencia posterior del profeta era propia para modificar su opinion en sentido algo mas favorable.

debió de ser el remate puesto al libro en otro tiempo, á la manera del c. 52 de Jeremías, que aun en su actual forma es el último del libro de éste. Basta esto para desvirtuar la impugnacion de que los c. 40-66 de Isafas forman un escrito aparte, añadido posteriormente. Como profecías originales de Isafas pueden considerarse c. 1-11, 5; c. 17, 1-12; c. 18-20; c. 22; c. 28-31; están, sin embargo, reformados algunos trozos del c. 1-11, 5, especialmente el c. 2-4 al principio y al final (véase «Revista científica del Antiguo Testamento», 1884, págs. 1497 y siguientes), 8, 1-9, 6, en su última parte (véase mas adelante). Hay que hacer tambien reservas respecto del c. 18-20, por lo que se expresa en la nota siguiente. Y por último, el c. 1 está compuesto de dos oráculos primitivamente distintos, habiéndose además interpolado en el primero un trozo de otro oráculo, procedente de otra época (1, 5-9). Los capítulos 22, 28-31 llaman desde luego la atencion, haciéndonos el efecto de que están transmitidos en la propia forma que les dió el profeta, y nos muestran á éste en todo su apogeo. Los capítulos 1-12 formaron en otro tiempo un conjunto independiente, que, por motivo de los c. 2, 1-4, c. 11, 5 y siguientes, y c. 12, solo ha podido ser reformado, tal como está ahora, en época posterior al cautiverio. Era igualmente una coleccion especial de profecías mas antiguas los c. 15-17, 11; c. 18-20; c. 22 y c. 28-31, de la cual se hizo una segunda coleccion de oráculos de Isafas, anteponiendo é interpolando escritos de la época del cautiverio y de la posterior á éste; coleccion que abraza desde el c. 13 hasta el capítulo 35, y que con la adición del c. 36-39 ha obtenido aclaracion y complemento histórico de sus mas importantes oráculos. Esta adición presupone la procedencia de toda la coleccion de Isafas. A estas dos colecciones se unió, finalmente, la parte con que termina hoy el libro: c. 40-66.

(1) Como ya hemos observado, el c. 19 es seguramente el último oráculo de Isafas, y parece haber sido motivado por los sucesos políticos que en el 7.º siglo produjeron la incorporacion del Egipto al imperio universal asirio, por cuyo motivo ha sido puesto en duda repetidas veces que procediera de Isafas. Pero, por otra parte, contiene este oráculo marcadísimos puntos de contacto con las profecías de Isafas; si no se quiere, pues, admitir que éste alcanzara una edad avanzada, no queda mas recurso que atribuir el susodicho oráculo á un discípulo suyo, debiendo reconocer, por mi parte, que no creo fundada mi anterior pretension de derivar el contenido del c. 19 de sucesos del octavo siglo.

La exhortacion de Isafas á la penitencia no tiene al principio mejor éxito que la de Oseas. En Judá no hay idea todavía ni de la magnitud ni de la proximidad del peligro, al paso que en Israel los sacerdotes y el pueblo procuran reconciliarse con Jehova, haciendo con gran fervor peregrinaciones y sacrificios. El rey israelita y su corte, mediante una política inteligente, esperan evitar la ruina del Estado, mientras que la antigua corrupcion de la vida pública y la depravacion de las costumbres de las clases superiores lo debilitan cada dia mas. Manahem es el último rey de Israel que fenece de muerte natural. Le sucede su hijo Facea, que solo reina breve tiempo, dos años segun el Libro de los Reyes, siendo asesinado en su palacio por su ayudante Facea-ben-Romelia, el cual se entroniza en su lugar (2).

Ya dejamos consignado anteriormente que Facea, segun el sistema de computation del Libro de los Reyes, ocupó e tronó 20 años, pero que de las inscripciones asirias se desprende que su reinado fué mucho mas corto. Las profecías de Isafas concuerdan con estos últimos datos, quedando así invalidadas las cifras de aquel libro. Facea solo puede haber reinado á lo sumo 5 ó 6 años, y es por lo mismo mucho mas exagerada aun la cifra bíblica asignada á su reinado que la fijada para el de Manahem. Por otra parte, de las profecías de Oseas se deduce asimismo que estos reyes debieron de sucederse en plazos mucho mas cortos que los indicados por las cifras actuales del Libro de los Reyes. Precisamente en lo que se refiere á estos últimos reyes se confirma de la manera mas evidente la opinion expresada en las páginas anteriores respecto de las cifras, en 2. Reyes, 15, 27. Segun ellas Facea subió al trono de Israel en el año 52 de Azarias de Judá y reinó 20 años. Mas esto no es seguramente lo expresado por el redactor del Libro de los Reyes, como se desprende de la siguiente observacion. En 2. Reyes, 15, 7, termina la relacion del reinado de Azarias, y sigue luego el trozo 15, 8-31, que abraza los reinados de los reyes israelitas Zacarías, Sellum, Manahem, Facea y Facea, tras el cual viene el otro 15, 32-16, 20, que relata los reinados de Joatam y Acáz de Judá. Es, por lo tanto, evidente que el autor del Libro de los Reyes consideraba á estos dos últimos como coetáneos en el trono de los citados cinco reyes israelitas, mientras que segun las cifras del mismo libro aparece que solo lo fueron de Facea.

En tiempo de Facea ben Romelia hacen Siria, Damasco é Israel alianza contra Judá, proponiéndose someter á este reino con sus fuerzas reunidas. En Damasco reinaba á la sazón Rasin, ó como en realidad parece que se llamaba, Rason (3). No tenemos noticia alguna respecto de las causas alegadas para el rompimiento de las hostilidades, pero podría suponerse en vista de la reconvenccion de Oseas: *Los gobernantes de Judá fueron como los que traspasan los lindes, derramaré sobre ellos, como agua, mi ira, que usurpaciones judaitas dieron motivo para que Israel se concertase con Damasco, su enemigo tradicional. Es posible que Judá procurara sacar provecho del estado de postracion en que se encontraba Israel á consecuencia de las revueltas de los últimos diez años. El mas poderoso de los aliados contra Judá era indudablemente Rasin, como lo confirma desde luego el que sea él siempre el primero que se cita. Como lo mismo Da-*

(2) 2. Reyes, 15, 25, versículo que está bastante estropeado. No hay sintaxis en la disposicion de las palabras *et argob wé et há'arie*; acaso no serán sino una desfiguracion de *et argob wé et chaw wot já'ir*, glosa marginal hecha en otro tiempo al Galaad del v. 29.

(3) *Rasin* en el texto masorético, *Rason* en la version de los LXX. Esta última manera de pronunciar el nombre parece ser la mas exacta segun las inscripciones asirias que llaman *Rasun* á este rey. La *u* asiria corresponde frecuentemente á la *ó* palestina.

masco que Israel eran Estados vasallos de los asirios, mientras que Judá hasta allí solo habia procurado en determinadas ocasiones mantener á distancia al asirio por medio de presentes, seguramente creyeron que tendrían completa libertad de accion contra Judá.

En tiempo todavía de Joatam, rey de Judá, de cuyo reinado (1) solo dice el Libro de los Reyes que en él se hicieron obras en la puerta septentrional del templo, se rompieron las hostilidades, segun lo expresado en Reyes, 15, 37 (2). Parece, sin embargo, que la guerra solo empezó á ser desfavorable para Judá cuando ya reinaba el hijo de Joatam, Acáz ó Joacaz (3) como le llaman las inscripciones asirias. Acude á Samaria un ejército sirio á las órdenes de Rasin, con objeto de marchar contra Judá y atacar á Jerusalem de concierto con las fuerzas israelitas, que acaso al principio sostuvieron solas la lucha. La impresion producida por esta noticia en la familia real davidita y en la ciudad de Jerusalem se desprende de la gráfica exposicion del primer versículo del capítulo 7 de Isafas, que, como hemos indicado ya antes, contiene una de sus profecías originales, si bien en forma modificada posteriormente (4): *Aconteció en los días de Acáz, hijo de Joatam, hijo de Oseas, rey de Judá (5), que vino la nueva á la casa de David: Aram está con Efraim. Y estremeciésele el corazón, y el corazón de su pueblo, como se estremecen los árboles del bosque á impulso del viento. Dícenos tambien la profecía, que los aliados se proponían destronar á Acáz y poner en su lugar á un rey vasallo, llevando en su ejército al hombre designado para sustituirle. Isafas solo designa á éste desdeñosamente, á la manera oriental, como hijo de su padre (6) Véase cómo Isafas tuvo ocasion para influir en el curso de los sucesos por medio de un oráculo. Acáz adoptó apresuradamente las disposiciones necesarias para poner la ciudad en estado de defensa y dificultar el cerco al enemigo. En todos los sitios de Jerusalem de que tenemos noticias mas exactas, observamos que los hierosolimitanos procuran en quanto es posible llenar de agua los muchos aljibes que tiene la ciudad*

(1) Hemos observado ya que Joatam no tuvo sino un corto reinado propio, si bien habia gobernado ya antes á nombre de su padre. Dase á su madre el nombre de Jerusa bat Sadoc, y no sabemos si con estas dos últimas palabras se la quiere designar como hija de un hombre llamado Sadoc ó como miembro de la familia sacerdotal del mismo nombre.

(2) Es característico del método de exposicion del revisor de la época anterior al cautiverio del Libro de los Reyes, que en el trozo referente á Facea ben Romelia, 2. Reyes, 15, 27-31, no diga ni una palabra siquiera acerca de la guerra sirio-efraimita, y sin embargo, dé cuenta de sus consecuencias - la incursion de Teglat-falasar en Israel - en el versículo 29, así como que en la parte dedicada á Joatam diga en 2. Reyes, 15, 37: *En aquellos días comenó Jehova á enviar contra Judá á Rasin, rey de los aramos, y Facea ben Romelia*, para no volver ya á tratar de estos sucesos sino en el trozo referente á Acáz, 16, 5 y siguientes, si bien bastante superficialmente.

(3) *Jahuhazi*, véase Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento», págs. 257 y siguientes. Es cosa frecuente entre los semitas abreviar nombres de personas ó apellidos de familia en cuya composicion entra un nombre de Dios, suprimiendo éste.

(4) Que el c. 7 ha sido reformado tal como aparece ahora, por mas que en su fondo proceda de Isafas, lo ha demostrado De Lagarde en sus notas críticas al libro de este profeta, pág. 9; véase «Estudios de la Sociedad científica de Göttinga», tomo 23, 1878.

(5) Las palabras que se encuentran ahora á continuacion de esta frase en Isafas, 7, 1, son una adición posterior bastante burda y copiada de 2. Reyes, 16, 5.

(6) Hay divergencia respecto de la manera de pronunciar el nombre del padre del pretendiente. Segun la pronunciacion judía transmitida debería leerse *Táb'al*, «bribon», lo que parece un chiste de pésimo gusto. La última sílaba de la palabra es indudablemente *el*, «Dios»; pero falta ahora saber si el hombre era asirio ó israelita; en el primer caso debería leerse *Táb'el*, y en el segundo *Táb'el ó Táb'el*. De Isafas, 8, 5, se desprende que es poco probable que el pretendiente perteneciera á la casa de David, como algunos han supuesto.

al abrigo de sus murallas, y hacer inaccesibles al enemigo los que se hallan fuera de estas (7). Con este motivo se dirigió Acáz cierto dia fuera de la ciudad, al campo del Batanero situado al extremo del canal del estanque superior de Siloah (8),

(7) Véase lo expuesto por H. Guthe, en la Revista de la Asociacion alemana de la Palestina, 5, págs. 273 y siguientes.

(8) Este «estanque superior», cuyo canal, como nos lo dice tambien 2. Reyes, 18, 17 (Isafas, 36, 2), desemboca fuera de la muralla de la ciudad, sirviendo por lo mismo para el desagüe del agua sobrante, se supone generalmente que ocupaba el mismo sitio que el actual estanque de Mamilla (*Birket Mamilla*) al Oeste de la ciudad, así como que el *Birket es-Sullan* corresponde al «estanque inferior» que menciona Isafas, 22, 9; así aparecen tambien en el plano de Jerusalem actual por K. Zimmermann y A. Socin. Pero esto no concuerda con los dos pasajes que acabamos de citar. Segun 2. Reyes, 18, 17, las tropas asirias procedentes de Lakis que han acudido al sitio de Jerusalem, toman posicion junto á la boca del canal del estanque superior, y hablan desde allí con los judaitas que están en la muralla. El «estanque superior» estaba, pues, en inmediata proximidad de la muralla, lo que no sucede con el *Birket Mamilla*. Segun Isafas, 22, 9, el «estanque inferior» se encuentra cerca de la ciudad de David. Allí, pues, se ha de buscar tambien el «estanque superior», por antítesis al cual se llama al otro el inferior. Ahora bien: los descubrimientos y las excavaciones durante los últimos diez años, especialmente las practicadas por H. Guthe, han demostrado que solo al Sur y Sudoeste de la colina del Este puede suponerse que existieran en otro tiempo estanques y obras correspondientes de alguna importancia. Aquel terreno fué ya dispuesto en tiempo muy antiguo para la horticultura por medio de obras de irrigacion, como que no habia otro pedazo de tierra tan favorable para ello cerca de la ciudad; allí mismo estaba situado tambien el jardin del rey. Lo manifestado por San Jerónimo sobre este lugar (Mat., 10, 28. Vallarsi, 7, pág. 62), y que cita Robinson (2, 141), acaso procedía de exacta tradicion. Yo identifico el «canal ó conducto del estanque superior» junto á cuyo extremo habló Isafas á Acáz, con el desenterrado por Guthe, que conduce el agua del estanque, tambien desenterrado por Guthe, al Nordeste del actual estanque de Siloah, al valle del Cedron. En el sitio donde se halla este estanque es donde hay que buscar el «superior», y acaso represente aquel la parte oriental de éste. La parte occidental del estanque, como lo demuestran los descubrimientos de Guthe, ha desaparecido con motivo de construcciones posteriores mas importantes, segun toda probabilidad, de la época griega. Dicho estanque estaba situado detrás de la muralla de la ciudad y «entre los muros», esto es, entre el muro Este de la colina Oeste y el muro opuesto de la colina Este, conduciendo el canal el agua sobrante fuera de la ciudad al «campo del Batanero». Allí están situados hoy los «jardines de los Silvanos». El «estanque inferior» es probable que se encuentre al Sur del superior, entre éste y la muralla de la ciudad, en el terreno del *Birket el-hamra*, y por medio de los dos se regaría en otro tiempo el «jardin del rey.» Ciertamente se encontraba tambien al Sudeste del *Birket el-hamra* y fuera de la antigua muralla de la ciudad, en un ángulo de esta muralla, un antiguo estanque, pero era lo mas natural y por lo mismo lo mas antiguo construir tras la muralla de la ciudad un segundo estanque que recibiera el agua contenida en el superior cerrando el desagüe de éste. Este era el objeto de las medidas de Acáz, y lo mismo se hizo tambien despues, como se dice en Isafas, 22, 9: *Y recogisteis las aguas del estanque de abajo*. No hay duda que debían de existir aljibes á uno ú otro lado de la muralla de la ciudad, pero en su inmediata proximidad, para recoger los sitiados el agua contenida merced al cierre del canal del estanque superior. Es posible, sin embargo, que el estanque exterior recibiera en tiempos normales las aguas sobrantes del «estanque viejo», para las cuales se construyó un aljibe «entre los dos muros» (v. 11) cuando ocurrió el sitio, de que se hace mencion en Isafas, 22; como pudiera ser tambien que el «estanque de arriba» y el «estanque viejo» no fueran sino dos nombres de un mismo depósito de aguas. Esta última identificacion del «estanque de arriba» sería apropiada, si fuera exacta la opinion mas general respecto de la época en que se construyó el canal de Siloah. Supónese que este canal, el monumento mas interesante del primitivo arte minero y que nos ha suministrado la única inscripcion israelita que hasta el presente poseemos, no fué construido sino en tiempo de Ezequías, hijo de Acáz; mas á mi modo de ver, esta suposicion es errónea. Fúndase en el pasaje de 2. Reyes, 20, segun el cual Ezequías *hizo el estanque y metió el conducto de las aguas en la ciudad*, lo que ya el autor de las Crónicas interpreta como refiriéndose al acueducto y estanque de Siloah. Es, sin embargo, poco probable que el redactor del Libro de los Reyes entendiera esto mismo. El estanque de Siloah no estaba «en la ciudad» sino entre las dos murallas. En aquel caso parece mas natural que dijera: «construyó el canal y metió el estanque y las aguas en la ciudad», mien-

mo de tacto político, manteniendo su lealtad a los asirios y consiguiendo de este modo que su pueblo se repusiera de las heridas abiertas por la guerra sirio-efraimita. Pero exigir de él al propio tiempo tendencias proféticas, es desconocer el curso del desenvolvimiento histórico.

Mientras Judá comienza a recobrar sus fuerzas al amparo de la paz, Israel, no aleccionado todavía con el castigo recibido, se atrae su propia ruina rebelándose contra los asirios. Mientras Teglafalasar permaneció en la Siria, era natural que no se pensara en semejante rebelión; pero después de la conquista de Damasco en el año 732 el rey asirio dejó aquel país, para no volver ya más a él. Esto y el cambio ocurrido en el trono de Nínive en 727, debió envalentonar a Oseas para sacudir el yugo de los asirios y ponerse bajo la protección del Egipto (1). El castigo, sin embargo, siguió de muy cerca a la falta. Salmanasar (727-722), sucesor de Teglafalasar, marchó inmediatamente a la Siria. Parece que con la rapidez de su acción sorprendió a Oseas antes que hubiese terminado sus preparativos, no quedándole más remedio que salir al encuentro del poderoso monarca y entregarse incondicionalmente. Fue hecho prisionero en el acto y, según toda probabilidad, enviado a Babilonia. Pero Samaria se negó a entregarse, y Salmanasar, que procedió desde luego a su cerco, murió antes que fuera conquistada. Samaria, a causa de su fuerte posición, pudo resistir durante tres años los ataques de los asirios, y es de presumir que solo dominada por el hambre cediera ante la última embestida. Sargon (2) (722-705), sucesor de Salmanasar, logró por fin, poco después de su

(1) Flavio Josefo (*Arch.*, 9, 14, 2) nos ha transmitido, como referente a Salmanasar, un pasaje de los anales tirios de Menandro, según el cual el rey asirio puso entonces también sitio a Tiro. Parece, pues, que se trataba de una intriga política de mayor importancia, de una coalición de los Estados palestinos y del Egipto, como se intentó también repetidas veces en el transcurso de las dos últimas décadas del 8.º siglo contra la Siria y en las primeras del 6.º siglo contra Babilonia. Pero como lo referido en el escrito originario de Menandro viene a completar en manera sorprendente las noticias que da Senaquerib sobre sus guerras con las ciudades fenicias, noticias en las cuales no se hace mención alguna de Tiro, y como además Menandro no indica el nombre del respectivo rey asirio, supone G. Smith (*History of Sennacherib*, Londres, año 1878, pág. 69) que la narración de Menandro se refiere en realidad a Senaquerib, siendo error de Flavio Josefo relacionarla con Salmanasar.

(2) 2. Reyes, 17, 3-6, refiere como sigue: *Contra él subió Salmanasar, rey de los asirios, y Oseas fué hecho su siervo, y pagábale tributo. Mas el rey de Asiria halló que Oseas conspiraba contra él; porque había enviado embajadores a Súa, rey de Egipto, y no pagaba tributo al rey de Asiria como cada año: por lo cual el rey de Asiria lo detuvo, y le aprisionó en la casa de la cárcel. Y el rey de Asiria partió contra todo el país, y subió contra Samaria, y la tuvo sitiada tres años. En el año nueve de Oseas tomó el rey de Asiria a Samaria, y transportó a Israel a Asiria y puso en Hala, y Habor, junto al río de Gozan, y en las ciudades de los Medos. Este pasaje es típico del desaliño del revisor anterior al cautiverio del Libro de los Reyes. Que calcule equivocadamente los nueve años del reinado de Oseas hasta la conquista de Samaria, puede disculparse todavía; pero más grave es que hable de una deportación en masa de Israel, cuando solo se trata de Samaria y sus alrededores, siendo además absolutamente inexacto que Oseas aparezca como vasallo de los asirios a consecuencia de una incursión de Salmanasar, y éste como conquistador de Samaria. Resulta, pues, que atribuye el tal redactor al mismo Salmanasar hechos de Teglafalasar y de Sargon. Según los datos asirios, con los cuales concuerdan plenamente otros pasajes del Libro de los Reyes, Salmanasar hizo una sola expedición a la Siria y Palestina, motivada por la rebelión de Oseas, mientras que en el citado libro bíblico se habla de dos expediciones. Todo esto solo se explica por el estudio superficial de las fuentes; debemos, sin embargo, a este redactor dos importantes detalles: la alianza con el Egipto y el encarcelamiento de Oseas por Salmanasar. La conquista de Samaria y la deportación se refieren otra vez, con iguales palabras, en el trozo que trata de Ezequías (2. Reyes, 18, 9-12), donde se designa con mayor claridad todavía a Salmanasar como conquistador de Samaria, si bien ha sido esto impropriamente tachado en la vocalización del v. 10.*

subida al trono, hacerse dueño de Samaria. En su correspondiente inscripción (3) refiere Sargon que saqueó la ciudad y deportó a 27,280 de sus habitantes. En su lugar acudieron en los años siguientes habitantes de otras partes del imperio asirio, según 2. Reyes, 17, 24, de Babel, Cuta, Sepharvaim, Ava y Hamat; así, pues, en parte caldeos (babilonios) y en parte hetitas (beteos). Las inscripciones de Sargon nos dicen que estas deportaciones a la Asiria no se hicieron de una vez, sino en el curso de varios años; sus guerras con los caldeos fueron posteriores a estos sucesos.

La conquista de Samaria en el año 722 es uno de los sucesos más importantes en la historia del antiguo Israel. Con ella fracasó la tentativa de la nación para representar un papel político. La parte influyente de ella quedó aterrada y privada de sus mejores fuerzas, que eran las defensoras de las antiguas ideas nacionales. Entonces aparece cada día más marcadamente la profecía al frente del movimiento nacional, desarrollando y robusteciendo más y más su acción. Se ha cumplido, en la parte principal de la nación, la amenaza de que Jehová destruiría el Estado nacional; háse confirmado, pues, la suposición profética del enojo de Jehová con su pueblo, porque éste se halla en pecado. ¿Aniquilará su ira también lo que queda todavía de Israel? ¿Los asirios han conquistado a Samaria por la fuerza de sus dioses, ó es debida la conquista a que Jehová ha apartado su faz de su pueblo, no escucha las plegarias de éste, ni quiere el olor de sus ofrendas? Estas son las preguntas que se hacen los restos del pueblo israelita, y en la averiguación de la verdad es su guía espiritual el profeta Isaías.

Desde entonces es Judá el representante de las ideas nacionales, esto es, Judá conviértese en Israel. No por eso deja de perpetuarse la nacionalidad israelita en los territorios del que había sido reino del Norte. Suponen lo imposible aquellos que se figuran que el rey de los asirios deportó a las diez tribus. No es menos erróneo este concepto que absurda la averiguación, tantas veces intentada, del paradero de las diez tribus que se suponen deportadas (4). En primer lugar, no pudieron ser deportadas diez tribus por la sencillísima razón de que ya no existían, y en segundo lugar muchas de ellas hacia más de diez años que eran súbditas del gran rey asirio. Cierto que las provincias septentrionales, segregadas en 734, perdieron entonces una parte de sus habitantes; mas no sufrieron merma alguna con los sucesos del año 722, y antes por el contrario, parece que los restos de las tribus no josefitas del que fué reino del Norte prosperaron bajo la dominación extranjera, pues que en la época posterior al cautiverio aparece allí una densa población israelita. Mas también las comarcas del reino del Norte que padecieron con los sucesos de los años 724-722 debieron de conservar el núcleo de su población. Los 27,280 deportados por Sargon después de la toma de Samaria, representan los funcionarios, con inclusión de los sacerdotes, el ejército israelita, hecho prisionero en la ciudad conquistada, y los habitantes que se habían refugiado allí huyendo ante las fuerzas invasoras.

Cuán limitada fué la deportación del año 722 se demuestra también en que no logró intimidar a los israelitas ni les hizo desistir de nuevas rebeliones. Según las inscripciones de Sargon, los habitantes de Samaria intentaron ya en 720,

(3) Schrader, en su obra ya citada, págs. 271 y 272.

(4) Es un entretenimiento por el mismo estilo que la localización del paraíso y de los lugares habitados en el Egipto por los hijos de Israel, así como de los por que pasaron al dirigirse a la tierra de Canaan. Los más aficionados a él son los ingleses y los norte-americanos, y se puede decir que se ha recorrido ya toda la tierra en busca de los descendientes de estas diez tribus. Como es sabido, la leyenda mormónica ha sugerido la hipótesis de que debían encontrarse en América.

de acuerdo con Hamat, Arpad y Damasco, una insurrección, que fué prontamente sofocada por los asirios y acerca de la cual nada nos dice el Libro de los Reyes. Es de suponer que a este acto de rebeldía siguieran nuevas deportaciones y nuevas colonizaciones extranjeras en el territorio israelita.

Pero la demostración más evidente del verdadero estado de cosas está en los destinos posteriores de la religión de Jehová en los territorios que habían sido del reino del Norte. No solo esta religión se perpetuó allí, sino que se propagó como religión del Dios de aquella tierra entre los colonos enviados por Sargon. El revisor del Libro de los Reyes, de la época anterior al cautiverio, nos transmite, en el libro 2, c. 17, v. 27-34<sup>a</sup>, datos muy interesantes sobre este particular. Dice su relato, que los nuevos colonos no podían defenderse contra los leones, y los miraban como una plaga enviada por el Dios del país, en castigo de que no le tributaban culto; esto fué comunicado al rey asirio, el cual dispuso que regresara uno de los sacerdotes que habían sido deportados, para que enseñara a los colonos las costumbres del culto de Jehová. El sacerdote fijó su residencia en Bet-el, y enseñóles cómo habían de temer a Jehová; y desde entonces adoraron a Jehová, al propio tiempo que a los dioses que habían llevado de su país, y así continuaron haciéndolo hasta hoy.

Un siglo después extiende Josías su reforma a Bet-el, y los judaitas que regresan de Babilonia encuentran en los territorios que habían constituido en otro tiempo el reino del Norte una población próspera, que manifiesta la pretensión de adorar a Jehová juntamente con ellos en el templo, y la logra temporalmente. Como se ve, los colonos llevados al país por los asirios pronto desaparecieron, como en iguales casos sucede en todas partes, fundidos en la masa de los primitivos habitantes. Y esto solo pudo suceder, porque a pesar de las deportaciones del año 722 y posteriores, la mayoría de la población continuara siendo israelita. Las deportaciones, privándole de sus guías espirituales y de sus más vigorosos elementos, pudieron ciertamente interrumpir el desenvolvimiento intelectual del pueblo en el reino del Norte, pero solo momentáneamente debilitaron el movimiento físico; pudieron destruir el Estado, contener y atrofiar su desarrollo nacional, mas no lograron despojarle por completo de su nacionalidad ni de su religión. El pueblo producido por la mezcla de los colonos con la antigua población israelita, tenía el idioma y las costumbres israelitas, así como el culto de Jehová; mas el rasgo sobresaliente del carácter nacional antiguo israelita, la indómita independencia, degeneró en gran manera con la mezcla. El nuevo pueblo se fué acostumbrando gradualmente al yugo de la dominación extranjera, y olvidó los ideales políticos. Su desenvolvimiento religioso, sin embargo, no quedó por completo paralizado. Las imágenes de dioses que son destruidas en Judá por la reforma de Ezequías, pudieron haber desaparecido ya antes de los territorios del reino del Norte: acaso pasaron a Babilonia desde las ciudades conquistadas en 734 y 722. Mas esto es solo exterior. Las tribus josefitas no dan ya impulso a la religión de Israel, sino que siguen, en cuanto lo permite la propia perseverancia, la iniciativa de Judá.

## CAPITULO II

DESDE LA RUINA DE SAMARIA HASTA LA DESTRUCCION DE JERUSALEN POR LOS BABILONIOS

### I. Salvación de Jerusalem del peligro asirio. Isaías y Ezequías. Reforma de Ezequías.

Durante el sitio de Samaria por los asirios observó Judá completa quietud exterior. No podía arriesgarse a acudir al auxilio de sus hermanos en peligro, cuya suerte excitaba vi-

visima simpatía a pesar de los hechos del año 735. También en concepto de los judaitas parecía que la suerte de toda la nación dependía de la de Samaria. Con toda viveza se manifiestan estos sentimientos en las pláticas de un profeta contemporáneo, Miqueas de Moreschet (1). Al propio tiempo que ve, como Isaías, en la inminente ruina de Samaria el castigo de sus pecados, sobre todo de su culto pagano, no puede desechar la idea de que el golpe alcanzará también a Judá. Envuelto en la nube de la tempestad, sale Jehová de su morada, en el templo de Jerusalem, para dar testimonio ante todos los pueblos contra los pecados del suyo, por medio de un juicio destructor: *Y debajo de él se derretirán los montes, y los valles se hendirán como la cera delante del fuego, como las aguas que corren por un precipicio. Todo esto por la rebelión de Jacob, y por los pecados de la casa de Israel. ¿Cuál es la rebelión de Jacob? ¿No es Samaria? ¿Y cuáles son los altos de Judá? ¿No es Jerusalem? Tornaré, pues, a Samaria en majanos de heredad, en tierras de viñas, y derramaré sus piedras por el valle, y descubriré sus fundamentos. Y todas sus estatuas serán hechas pedazos, y todos sus dones serán quemados en fuego, y asolaré todos sus ídolos; porque de dones de rameras juntó tales cosas (2) y a dones de rameras volverán. Por tanto lamentaré y gemiré; y andaré descalzo y desnudo; haré gemido como de chacales (3), y lamento como de avestruces. Porque su llaga es incurable, que llega hasta Judá; llega hasta la puerta de mi pueblo, hasta Jerusalem.*

Isaías también había vaticinado, como ya indicamos en las páginas anteriores, que la inundación asiria, después de anegada Samaria, invadiría a Judá. Cayó Samaria, y pasó el reinado de Acas sin que hubiese sobrevenido el juicio esperado por el profeta. Persiste, sin embargo, su convicción de que pende sobre Judá un juicio de Jehová. Por lo general, Isaías antes de 701, y contra lo que dice posteriormente, coincide por completo con Miqueas en la opinión de que a causa de la perversión moral interior, era también de temer una catástrofe para el Estado de Judá y la ciudad de Jerusalem. A aquella época en la cual los ejércitos asirios amenazaban invadir la Palestina, mientras que Judá, merced a su relación de vasallaje con la Asiria, gozaba de paz y tranquilidad interior, corresponde acaso la profecía de la viña de Jehová, bajo cuya figura muestra el profeta a los judaitas su ingratitud y les anuncia su ruina (4): *Ahora cantaré un cantar de mi amigo a su viña. Tenía mi amigo una viña en un recuesto fértil (5). Habíala cercado de piedra (6), y plantado de vides escogidas. Había edificado en medio de ella una torre, y también establecido un lagar en ella. Y esperaba que llevase buenas uvas, y*

(1) Ya hemos advertido que del libro que nos ha sido transmitido bajo el nombre del profeta Miqueas, solo los c. 1-3 le pueden ser atribuidos. Estos capítulos forman un conjunto armónico (véase la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1881, págs. 162 y siguientes), que contiene varias pláticas pronunciadas en distintas épocas. El juicio sobre Israel es motivado por los pecados del pueblo, que consisten, además del culto tributado a dioses falsos, muy principalmente en el proceder violento é hipócrita de los poderosos. Como, según testifica Jer., 26, 18 y 19, la predicción 3, 12, se hizo en tiempo de Ezequías, es de suponer que Miqueas compuso su libro en aquella época; sin embargo, de su contenido se deduce que lo hizo en todo caso antes del año 701.

(2) Esto es, esos dones y estatuas son producto de la paga de las rameras prostituidas en el servicio de Jehová (véase anteriormente), paga que entregaron al tesoro del templo, y los soldados que de ello han hecho botín, lo volverán a emplear en paga de rameras.

(3) Son animales malditos en todo el Oriente, á causa de sus espantosos aullidos durante la noche.

(4) Cap. 5. Esta profecía no se encuentra ahora en su forma original, lo cual ya habían presentado Eichhorn y Koppe, pero esto ha pasado inadvertido para los modernos.

(5) Esto está traducido según el sentido, hallándose el texto bastante estropeado.

(6) Amontonando las piedras, para formar muro.

alimentado por medio del acueducto de Siloah, sin duda para inspeccionar las obras emprendidas en la boca del canal para la retención del agua en el estanque superior y alimentación del inferior. Allí se presenta Isaías, acompañado de su hijo Seher-yaschub, y le comunica la palabra de Jehova: que se guarde y no tema nada de los dos cabos de tizon humeantes, Rasin y Facea, que han ido á conquistar su ciudad y á quitarle á él de allí, porque Jehova no permitirá que lleven á cabo sus planes. Por desgracia, el texto restante de la profecía está muy desfigurado (1); pero se desprende así de la introducción *Mira y calla*, como del enfático final: *si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis* (2), esto es, si no teneis toda vuestra fe en Jehova y no os volveis á él confiados, no seréis salvados del peligro, que entre uno y otro de estos pasajes solo puede haberse dicho que el peligro, al cual Acaz ha dado demasiadas proporciones, pasará pronto si Acaz y su pueblo fian en Jehova en vez de hacer alianza con la Asiria, lo cual acarrearía mayores males aun á Israel. Solo bajo este supuesto se explica que acompañe á Isaías su hijo *El resto se convierte*. Y para corroborar su fe en este oráculo, dice Isaías á Acaz que le pida señal ó presagio (3) de su cumplimiento. El rey se excusa diciendo que no quiere tentar á Jehova. El profeta no interpreta estas palabras como sugeridas por temor religioso, sino como pretexto al cual se pretende dar apariencia de tal carácter, y replica: *Oye, casa de David: ¿os parece poco el ser molestos á los hombres, que queréis serlo también á mi*

tras que tal como está redactado el pasaje es mucho más natural interpretarlo como refiriéndose á la construcción de un estanque situado fuera de la ciudad, cuyas aguas introdujo Ezequías en ella por medio de un canal ó conducto. Existen además restos de obras de un estanque que pueden referirse á lo dicho en el Libro de los Reyes. Por otra parte, concediendo que el cronista interpretase correctamente la opinión del redactor del Libro de los Reyes y que éste no aludiese á otras obras, solo se podría deducir que este último se había equivocado atribuyendo al piadoso rey Ezequías unas obras más antiguas, pues que la existencia del acueducto de Siloah en tiempo de Acaz se desprende forzosamente de Isaías, 8, 6, que hace mención de *las aguas de Siloah que corren mansamente*. Siloah solo puede interpretarse sin artificio como refiriéndose al acueducto y á su desagüe. En toda esta controversia suele prescindirse de una circunstancia, y es que pudiera muy bien haber existido, mucho antes de ser perforado el túnel, un estanque en la pendiente meridional para recoger las aguas de las lluvias invernales, y que esto originaría acaso la idea de establecer una comunicación con el Gichon (la fuente de María), y de este modo llevar agua viva al estanque.

(1) Los versículos 7-8 no dan ni la necesaria explicación, ni el no menos necesario argumento para el enfático final que sigue; tampoco su forma es la empleada por Isaías en sus oráculos. Estos versículos son obra de un escritor posterior, que no calculó bien el espacio de tiempo entre el oráculo y el año 722, ó que tenía en el pensamiento otro suceso. Seguramente que el contexto primitivo del oráculo no concordaba con los hechos históricos, y por eso sería modificado. Es probable que Isaías profetizara que Samaria sería pronto destruida y aniquilado el reino del Norte, como lo indica también en el c. 17, 8, y que Judá no tardaría tampoco en ser destruida por los asirios, si Acaz acudía á Teglal-falasar, en vez de confiar en Jehova. El escritor más moderno que debió de modificar estos pasajes, procedió, sin embargo, con poca consecuencia, pues dejó intacto el v. 16, que predice que los israelitas serán deportados dentro de pocos años.

(2) Este pasaje es muy interesante, demostrándonos cómo se iba desenvolviendo el concepto de la fe.

(3) Ya expusimos la significación que tiene semejante señal; que en este caso no tiene otra, se desprende desde luego por venir en seguida de las palabras *si vosotros no creyereis*. El pasaje paralelo 8, 3 y 4 confirma la exactitud de esta apreciación, según la cual la señal es de carácter puramente secundario. Si, pues, la señal en c. 7 representa una profecía de mucho mayor alcance que la hecha por Isaías á Acaz, dedúcese forzosamente que éste no pudo ser el texto primitivo. Es esta una de las pruebas más evidentes de la transformación que ha sufrido el oráculo, y queda demostrada desde luego la inexactitud de toda interpretación del capítulo que quiera dar otra significación á la «señal». Por lo mismo, todo lo que sigue al v. 16 es secundario, como viene á demostrarlo también la torpe adición de v. 17. Es asimismo posterior el v. 15, que interrumpe la conexión entre v. 14 y 16.

*Dios? Por tanto el mismo Señor os dará señal. Hé aquí que una joven concebirá y parirá un hijo, que tendrá por nombre Emmanuel (con nosotros-estaba-Dios). Y antes que el niño sepa desechar lo malo, y escoger lo bueno, será abandonada la tierra cuyos dos reyes aborrecas; esto es: Toda mujer (4) que esté ahora embarazada, cuando dé á luz su hijo, podrá ponerle por nombre Emmanuel, ó sea «Con nosotros estaba Dios,» porque nuestro pueblo se verá entonces libertado de la invasión siria. Y antes que el niño llegue al uso de la razón, serán destruidos ambos reinos de Siria y Samaria. Cuando esto se haya cumplido, tendrá Acaz la certeza de que solo la fe en Jehova podrá salvarle del peligro mayor que ha de venir.*

Acaz, sin embargo, hizo lo que habría hecho seguramente todo otro rey que se hallara en su situación: buscar un protector terrenal que fuese más poderoso que sus enemigos. Envió el oro y la plata que poseía á Teglal-falasar con esta súplica: *Yo soy tu siervo y tu hijo; sube y sálvame de manos del rey de Siria y del rey de Israel, que se han levantado contra mí*. Teglal-falasar atendió inmediatamente la petición del nuevo vasallo, y marchó con su ejército contra la Siria. El ejército de los aliados, si bien llegó á poner cerco á Jerusalén, no pudo emprender ataque formal, viéndose obligado inesperadamente á retirarse para defender su propio territorio contra el nuevo enemigo. Parece, sin embargo, que Judá padeció bastante y que Acaz estuvo en grave peligro. De Isaías, 8, 6 se desprende que durante algún tiempo los judaítas se mostraron dispuestos á abandonar á Acaz y entenderse con sus enemigos. Si es exacta la noticia del Libro de los Reyes de que Acaz sacrificó á su hijo, debió de ocurrir esto en aquella época de tribulación (5). Rasin aprovechó también el tiempo durante el cual tuvo sitiada á Jerusalén con sus fuerzas y las de Facea, para conquistar á Elat, que estaba todavía en poder de Judá, y devolverla á los edomitas (LXX).

De las angustias por que debieron de pasar los israelitas patriotas, hasta en el mismo Judá, podemos formar idea por dos profecías de Isaías que poseemos en c. 8 (6) y c. 17, 1-11. Isaías espera que dentro de muy breve plazo sea un hecho la destrucción de Damasco y Samaria. Damasco será convertida en un montón de ruinas; en el sitio ocupado antes por las

(4) La palabra del texto hebreo (*almá*) significa una joven núbil, pudiendo por lo mismo aplicarse así á una doncella como á una joven casada; y que en el pasaje copiado más arriba se entiende esto último, lo demuestra el texto subsiguiente. El judaísmo posterior lo interpretó con su peculiar método fantástico como anuncio del Mesías hijo de una virgen. Como otros pasajes del Antiguo Testamento á los que se dió interpretación mesiánica, fué aquel incluido también en el Nuevo Testamento. S. Mateo, capítulo 1 versículos 22 y 23, lo interpreta como predicción de la inmaculada Concepción de Jesús, en vista de lo cual el judaísmo, como es de suponer, rechazó su propia interpretación, que, por absurda y contraria á lo escrito que sea, es la que dan aun hoy día al c. 7 de Isaías muchos comentaristas, hasta entre los mismos protestantes. Las desfiguraciones del sentido de lo escrito que con este motivo se hacen forzosamente, no son menos violentas que el proceder, en época no muy antigua, de las autoridades eclesiásticas de Maguncia contra el catedrático Juan Lorenzo Isenbiehl († 1815), que en 1788 cometió la imprudencia de combatir la interpretación al uso. Este catedrático fué encarcelado, obligado á abjurar y tratado durante el resto de su vida como individuo peligroso.

(5) No es razón para poner en duda este dato el que no se haga la menor mención del suceso en el libro de Isaías, pues es evidente que éste solo reproduce parcialmente las profecías de Isaías y muy en particular las más antiguas. No es tampoco contradictorio de lo dicho el que Urias, sacerdote de Acaz, aparezca en la mejor inteligencia, así con éste, como con Isaías (c. 8).

(6) El final de este oráculo, ó sea á lo menos 8, 23-9, 6, debe considerarse desde luego como adición posterior, independientemente de otras razones, porque no concuerda con los vaticinios del v. 4 y supone cumplido ya el juicio sobre Israel, que según 8, 1 y siguientes no ha llegado todavía.

asoladas ciudades sirias pacerá el ganado, y las ciudades fuertes de Efraim serán aniquiladas (17, 1 y 2). A un hijo que le ha nacido pone por nombre el profeta: «Acude al botín, pronto viene el saqueo.» *Porque antes que el niño sepa decir padre mío y madre mía, las riquezas de Damasco y los despojos de Samaria serán llevados ante el rey de Asiria*. Espera, pues, el golpe destructor dentro del plazo de un año; mas no alcanzará éste solo á Efraim. Las muchas é impetuosas aguas del Eufrates que inundarán á Efraim, no se detendrán ante las fronteras de Judá, sino que invadirán á Judá también y le llegarán hasta el cuello. Es el castigo por el culto de las imágenes de Dios, en que se ha buscado la salvación, y por haber tomado parte en favor de los aliados. El pueblo de Israel perecerá, menos un escaso resto, y será como el campo cuyas espigas corta el segador. *Pero quedarán en él rebucos, como cuando sacuden el olivo, que quedan dos ó tres aceitunas en la copa, cuatro ó cinco en las ramas del árbol, dice Jehova, Dios de Israel*. Este resto volverá á Jehova, y seguirá la enseñanza del profeta, á quien Jehova previno que no anduviese por el camino de su pueblo. A él va dirigida la exhortación del profeta: *No llameis santo á todo lo que ese pueblo llama santo, y no tengáis miedo á lo que él teme. A Jehova de los ejércitos, á él santificad; sea él vuestro temor y vuestro espanto* (8, 11 y siguientes). No habeis de buscar salvación en los oráculos de los muertos, ni en las imágenes de Dios (8, 19), sino en Jehova, el Dios del profeta y Creador de Israel. *En aquel día mirará el hombre á su Hacedor, y sus ojos contemplarán al Santo de Israel. Y no mirará ya la obra de sus manos, ni lo que hicieron sus dedos volverá á contemplar* (17, 7 y 8). Y así confía el profeta en Jehova en la hora del peligro; su nombre («Jehova ayudá») y el de sus hijos le son presagios del porvenir de su pueblo.

El curso de los sucesos no justificó sino en muy pequeña parte los vaticinios del profeta. Tan solo Damasco tuvo la suerte por él pronosticada, mientras que Samaria logró librarse otra vez de la ruina que la amenazaba. Según los anales asirios, Teglal-falasar emprendió una campaña contra Palestina en el año 734, que como indican sus inscripciones, le llevó hasta Gaza. En los años 733 y 732 puso sitio á Damasco, apoderándose luego de esta ciudad y dando muerte á Rasin. Parece que Teglal-falasar castigó en primer lugar á Facea de Israel, pues en sus anales dice: «Maté á Facea, su rey, y puse sobre ellos á Oseas» (1). Según esto, Oseas ben Ela fué rey de Israel ya en 734 ó 733; si, pues, el Libro de los Reyes (2, 17, 1) le atribuye nueve años de reinado, éste habría alcanzado hasta los primeros tiempos del sitio de Samaria, cuando ya hacia tiempo que Oseas estaba prisionero. Sin embargo, lo dicho en un pasaje anterior (2, 15, 30): *Y Oseas ben Ela conspiró contra Facea ben Romelia, le hirió y le mató*, puede muy bien concordar con el aserto del rey asirio. La revolución se haría de acuerdo con él, ó cuando menos obtuvo luego su aprobación. Esta debía tener su precio, y en efecto Israel tuvo que ceder á la Asiria la tierra oriental del Jordán y los territorios al Norte del monte Efraim, los cuales fueron incorporados á los dominios asirios y una parte de sus habitantes transportados al interior de Asiria (2).

Después de la conquista de Damasco Acaz marchó á esta ciudad para manifestar su gratitud á su salvador. El Libro de los Reyes hace mención de esta visita, pues con ella está relacionada una modificación importante hecha en las depen-

(1) Véase Schrader, en su obra ya citada, pág. 256.

(2) El Libro de los Reyes hace impropia mención de estos hechos en el trozo dedicado á Facea, 2, 15, 29, y sin indicar las causas que los motivaron, mientras que prescinde de ellos en los pasajes referentes á Acaz y hace seguir inmediatamente á las súplicas de Acaz el ataque de Teglal-falasar contra Damasco (16, 2, 8 y siguientes).

dencias del templo de Jerusalén. Acaz vió el altar que estaba en Damasco y envió un diseño de él á su sacerdote Urias en Jerusalén, encargándole mandara construir otro igual. Urias así lo hizo inmediatamente. La circunstancia de que el altar construido en otro tiempo por Salomón, que tuvo que ceder su sitio al nuevo ó grande altar, como le llama el Libro de los Reyes, se designa como *el de bronce*, para distinguirlo del nuevo, demuestra que éste se construyó de piedra. Del mismo sencillo nombre, *el grande*, que se le dá, se desprende desde luego que en todo ello no tuvo Acaz especiales motivos religiosos, y que si mandó construir el nuevo altar fué solamente porque el que vió en Damasco le gustó más que el heredado de sus antepasados. El relato bíblico sigue diciendo que, á su regreso á Jerusalén, inauguró solemnemente el nuevo altar, sacrificando él mismo en él, y que ordenó á Urias que en adelante se practicasen en él todos los sacrificios, así los del rey como los del pueblo (3). Como ha habido quien pretenda lo contrario, debemos insistir en la observación de que todas estas medidas y disposiciones de Acaz no tenían más objeto que el culto de Jehova. Así desaparece todo pretexto para ver en *el altar que estaba en Damasco*, otro altar que no sea el de Rasin (4), esto es, el altar principal de Damasco. El altar de bronce de Salomón fué mandado colocar por Acaz mas hácia el Norte de su antiguo sitio, que vino á ocupar el nuevo.

El Libro de los Reyes nos da cuenta de otras modificaciones hechas en el templo por Acaz, si bien en su actual forma no es inteligible cuanto refiere sobre el particular (5). Se quitaron las fuentes de las basas mandadas construir por Salomón; se cortaron las cintas de estas últimas (6), y el mar de bronce fué colocado sobre un solado de piedra. Lo más probable es que mandara fundir las fuentes, las cintas de las basas y los bueyes de bronce para resarcir en parte su tesoro, exhausto seguramente con motivo de su viaje á Damasco y de los regalos hechos á Teglal-falasar.

Acaz mereció ya del más antiguo revisor del Libro de los Reyes un juicio muy desfavorable (7), juicio que se ha perpetuado hasta el presente, por mas que sea injusto en lo que atañe á las medidas adoptadas por este rey respecto del culto, como lo demuestra el escrito originario que trata de este punto. No puede hacérsele cargo tampoco porque en su tribulación impetrara el auxilio de Teglal-falasar. Era un recurso sencillo é infalible, siendo por otra parte inevitable á la larga la superior soberanía asiria. Acaz dió pruebas asimis-

(3) El pasaje de 2. Reyes, 16, 5, es de singular importancia para la historia del culto hierosolimitano, pues que demuestra que ya en tiempos de Acaz se hacían con regularidad holocaustos por la mañana y ofrendas de manjares por la tarde, y que el uso de la palabra *minha* para designar estas últimas procede del santuario hierosolimitano.

(4) Duncker: «Historia de la Antigüedad,» tomo II, pág. 318, lo relaciona con el altar portátil de campaña de Teglal-falasar, que difícilmente podía servir de modelo para un altar fijo. Es por demás diciente el aserto de este autor, de que no hay quien pretenda sostener seriamente que Acaz hubiera querido copiar el ritual del más poderoso adversario de Asiria y Judá, que acababa de ser aniquilado, ó sea, el altar y culto de Rasin,» pues que no hubo el menor ataque ni al ritual hierosolimitano ni al culto de Jehova. Si Acaz hubiese introducido en el templo el culto de su señor soberano, no se nos habría ocultado esta circunstancia.

(5) Ignoro de todo punto lo que quiere significar 2. Reyes, 16, 18, pasaje que es un enigma para mí.

(6) Las basas, así como el mar de bronce, se conservaron hasta la conquista de Jerusalén por los babilonios, que hicieron de todo ello botín, como expondremos más adelante. Que Acaz cortara solo las cintas de las basas, se explica porque la armazón de estas sería de madera cubierta de chapa metálica.

(7) Es característico de su método de escribir la historia, que no observe que su juicio sobre Acaz está en contradicción con el escrito originario que él mismo cita.